



*La verdadera historia
de
Caperucita Roja*

Antonio Rodríguez Almodóvar

2007 Ediciones Marioneta S.A.

Depósito Legal B. 43262-1979

ISBN: 32-45680-21-356

Diseño y Maquetación: Raul Varela

Ilustraciones: Ricardo Acosta

Raul Varela

Imprime y encuaderna: Cmyk Printers

Esta es una obra bajo licencia de

Creative Commons.

Visita: <http://es.creativecommons.org/>

para mas informacion.

*La verdadera historia
de
Caperucita Roja*

Había una vez una niña muy guapa que vivía en un pueblecito cerca del bosque.

La llamaban Caperucita, o Caperucita roja, porque su abuela, que vivía en otro pueblo de por allí, le había regalado una capa de ese color, con una capucha para el frío.

A la niña le gustaba tanto aquella prenda que a todas horas se la quería poner. Pero su madre le había dicho que era sólo para salir de casa, lo cual no ocurría muy a menudo.

Casi todo el tiempo Caperucita se lo pasaba aprendiendo a coser, zenga a coser.

Pero como esto no le gustaba nada, en vez de meter la aguja por la tela, prefería poner alfileres. Así acababa antes.

En día, su mamá, que tenía la buena costumbre de hacer toda clase de tortitas, magdalenas y otros dulces en el horno de casa, sacó unos bollos de leche que desprendían un olor riquísimo.

En cuanto Caperucita los olió, soltó la costura y se plantó corriendo en la cocina:

-¿Puedo comerme uno mamá? - No, hija que están muy calientes y te harían daño en la tripa.

Mejor ve a casa de la abuela, que anda un poco malucota, y le lleras unos cuantos.

Cuando llegues seguro que ya se harán enfriados. Ah, y llévale también una botella de leche.

La niña se puso muy contenta y fue inmediatamente a colocarse su capa y su caperuza roja.

Agarro el canasto y ya salía por la puerta cuando su mamá dijo:

- Caperucita no te entretengas y ve derecha a casa de tu abuela. Cuando llegues, dale los buenos días y no te pongas a curiosar por todas partes, que sabes que eso no le gusta.

- Descuida mamá - dijo Caperucita.





Y se fue dando saltos, con su cestito, su capa roja, y su caperuza roja bien atada por debajo de la barbilla.

Para llegar a la casa de la abuela había que cruzar el bosque. La niña entró por un camino pero cuando llevaba un rato andando, se tropezó con el compadre lobo. A este le entraron unas ganas tremendas de comerse a Caperucita allí mismo.

Pero aquel viejo tunante tenía un plan mejor. - Caperucita, ¿adónde vas tan guapa?

- A casa de mi abuelita que está malucota. - Ah, muy bien - dijo el lobo - ¿y dónde vive tu abuelita?

- Pues... - Espera que lo advirne - el lobo hizo como que pensaba - ¡Ya lo tengo! En la última casa del pueblo que hay a la salida del bosque. - ¡No, no, en la primera! al lado de la fuente - dijo la niña, que sin darse cuenta acababa de darle al lobo la información que necesitaba. - ¡Caramba! siendo así, llegarás enseguida.

Díme, ¿qué camino piensas tomar? ¿El de las agujas o el de los alfileres?

Caperucita se echó a reír y contestó como un rayo: - ¡El de los alfileres!

Haces muy bien hijita. Es el más corto y sale al mismo sitio. Tienes tiempo de sobra.

- Por cierto, ¿no te has fijado que día tan hermoso hace? ¿Has visto como canta el herrerillo, el mirlo y el pinzón?

¿No te gustaría corretear un poco por el bosque entre las violetas, las campanillas y los narcisos amarillos? Huele, huele...

El lobo llenó sus pulmones, aspirando por aquel hocico tan negro que tenía.

¿Caperucita se puso a respirar también dilatando su naricilla.

Era cierto que todo olía maravillosamente y que el trino de los pájaros resonaba en el prado multicolor.

¿Te das cuenta, muchacha? Incluso podrías llevarle un ramillete de flores a tu pobre abuelita.

¿No te costaría ni un céntimo! - No, no..., que mi mamá me ha dicho que no me entretenga...

- Si sólo será un momento mujer. Seguro que a tu abuela le encantará ese detalle. Caperucita después de pensarlo un poco, soltó el canasto y se puso a dar brincos por allí.

No sabía que el lobo acababa de engañarle, indicándole el camino de las agujas, o sea, el más largo.



Fue el tiempo que necesitó el lobo para llegar a casa de la abuela, por el camino e los alfileres.

Lamó a la puerta, ¡Pam, Pam!

-¿Quién es? - Preguntó la abuela desde la cama.

El lobo puso voz de niña y dijo:

- Soy yo, abuela, tu nietecita.

- ¡Ay, que voz más rara tienes!

- Es que estoy un poco acatarrada - dijo el lobo.

- Esta bien, hija. Tira de la cuerda y levanta la tarabilla, que no está cerrado.

El lobo así lo hizo y entró en la casa. Primero le pegó una patada al gato, que andaba por allí. Luego, de un salto, alcanzó la cama y en un momento, ¡Mam, Mam!, se comió a la pobre mujer.

Después echó las cortinas, arrojó el fuego, y se metió en la cama con el camisón y la cofia de la abuela. Como la cofia tenía muchos encajes, apenas se le veía la cara, con aquella narizota y aquellos colmillos tan grandes.

All poco llegó Caperucita, con su canastillo, su capa roja y sus flores recién cortadas.

¡Pam, Pam!, llamó.

- ¿Quién es? - preguntó el lobo, fingiendo la voz de la abuela.

- Soy yo, Caperucita, que te traigo unos bollos, una botella de leche, ¡y un ramito de flores silvestres!

- Está bien hijita. Tira tú misma de la cuerda y levanta la tarabilla.



Caperucita así lo hizo y entró. Muy despacio porque apenas se veía nada.

- ¿Que oscuro está esto, abuelita.

- Mas oscuro está el corazón del lobo dijo el gato tras las cortinas.

Pero Caperucita no oyó bien y le pareció algo que había dicho la abuela. -¿ Qué dices, abuelita?

- Nada, nada, son mis tripas.

-¿ Tienes hambre?

Entonces dijo el gato: - No te fíes Caperucita y largate con la cestita.

-¿ Qué dices abuelita?

- ¡ Nada, nada, son mis tripas!

- ¡ Te he traído los bollos de leche que hace mi mamá..

La verdad es que me apetecería más un poco de carne. ¿ A ti no?!



El gato decía: - ¡Que es el lobo, Caperucita, que es el lobo!

- ¿Qué dices abuelita? - Nada, hija que me suenan las tripietas.

- ¡Corre Caperucita, corre! - gritó el gato, saltando de un salto de su escondrijo.

Pero Caperucita se asustó y no sabiendo dónde esconderse, se metió en la cama, gritando:

- ¡Ay, abuelita!

- Ven aquí, hija. ¡No tengas miedo! - dijo el lobo, abrazándola.

Caperucita notó que tenía muchos pelos y le dijo:

Abuelita, abuelita, ¡qué velluda eres!

Es para calentarte mejor - dijo el lobo, abrazándola más.

Luego empezó a desatarle la cinta de la caperuza.

- Abuelita, ¿qué haces?

- Te quito la caperucita. No querrás dormir con ella, ¿verdad?

- Si, no, bueno... ¿Dónde la pongo?

- A los pies de la cama.

Caperucita se levantó y luego dijo:

- ¿Dónde pongo el corsé?

- Echalo al fuego, que ya está viejo.

- ¿Dónde pongo el vestido?

- Echalo al fuego, que ya está deslucido.

A Caperucita le extrañaron mucho aquellas respuestas y empezó a caminar por la habitación, buscando dónde dejar la ropa, en vez de tirarla al fuego.

Más le extrañó todavía que su abuela no protestara como siempre que ella se ponía a curiosear por allí. Entonces empezó a sospechar. Y el gato maulló más fuerte:

- ¡Tonta, Caperucita! ¿No te das cuenta de que esa no es tu abuelita?

Pero Caperucita sólo vio los ojos del gato en la oscuridad. Se asustó de nuevo y volvió a la cama. Allí el lobo la abrazó otra vez. Y Caperucita dijo:

- Abuelita, ¡qué uñas más grandes tienes!

- Es para rascarme mejor.

- Abuelita, abuelita, ¡qué hombros tan anchos tienes!

- Es para llevar mi haz de leña mejor.



Hmmmmmmpt
iii



- Abuelita, abuelita, ¡qué nariz más grande tienes!

- Es para aspirar mi tabaco mejor.

Y cuando Caperucita ya se fijó en la boca del lobo dijo:

- Abuelita, abuelita, ¡qué me estoy haciendo caca!

- ¡Ay, hija, ¡qué ocurrencia tienes! ¿Ahora?

- ¡Sí, ahora! ¡No me puedo aguantar!

- Está bien, sal un momento fuera, pero no tardes, que hace mucho frío y andan por ahí los lobos.

- Que me lo digan a mí - dijo Caperucita con voz muy baja.

- Por si acaso te amarraré una cuerdecita, y si sientes algún peligro, tira de ella para que yo acuda enseguida.

Así que el lobo le amarró a Caperucita una cuerdecita en la muñeca. En realidad era para que no se escapara. Caperucita recogió el corsé y el vestido, pues fue lo único que encontró en la oscuridad, saltó y se puso debajo de una higuera, como la que tiene que hacer... eso. Pero lo que hizo fue morder la cuerda, venga a morder.

Mientras tanto, el lobo desde dentro decía:

-¿Te pasa algo, Caperucita?

-No, abuela, es la tripita que está muy durita.

Al cabo de un rato como tardaba tanto:

-Hija, Caperucita, ¿has acabado?

Pero ya la niña había conseguido romper la cuerda y había salido corriendo.

Quando el lobo se dió cuenta, saltó corriendo también detrás de ella.

Claro que Caperucita le lleraba un buen trecho, porque ya se había dado cuenta de cual era el camino más corto.

Corriendo corriendo llegó a su casa y al lobo lo dejó con tres palmos de narices.

- ¡Pero hija! ¿De dónde vienes tan sofocada? - Preguntó la madre -, ¿Tu caperuza roja, con lo linda que era?

Entonces la niña contestó: - A los pies de la cama la dejó, ¡y no vuelvo a por ella aunque de frío me muera!

Y colorín colorado, este verdadero cuento se ha acabado.

Fin



2902072160



2902072160